



LA HUELLA DEL GENERAL

Pepa Gómez Bustamante

LA HUELLA DEL GENERAL



Primera edición: octubre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pepa Gómez Bustamante

ISBN: 978-84-19899-82-8

ISBN digital: 978-84-19899-83-5

Depósito legal: M-29873-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas aquellas mujeres que vivieron,
murieron y volvieron a respirar por los suyos*

PRÓLOGO

Recuerdo ahora la tarde en que, sentado bajo una higuera enorme junto a la alberca de La Charca, terminé de leer *Las cárceles del alma*, del maestro Lajos Zilahy.

Cuando acordé con Pepa escribir el prólogo – algo que casi nadie lee – de esta obra suya, me las prometía muy felices. Ahora tengo frente a mí esta *tabula rasa* inquietante y confieso que no sé por dónde empezar. Voy a intentarlo.

Descifrar los complejos binomios que figuran en esta novela me ha resultado un ejercicio detectivesco más que entretenido: sirvientes y señores, Macarena y Rosario, pasado y presente, pueblo y ciudad, dentro y fuera, razón y locura, vejez y juventud, guerra y paz, cárcel y libertad. Imagino que el amable lector también será feliz destejiendo el manto que la autora supo tejer en sus innumerables tardes arsenses, tan solaces como las que yo mismo viví hace tanto tiempo que ya casi es historia.

¿Puede combinar y recombinar todas estas dualidades una sola novela? Muy lejos de maniqueísmos rancios, Pepa nos muestra una sociedad compleja al cabo de motivaciones dispares. Una historia donde las mujeres – es este un guiño fabuloso – juegan un papel primordial frente a hombres menos juiciosos, más viscerales e insignificantes. La portentosa figura de Rosario sería capaz, por sí sola, de llenar el escenario de un teatro y apabullar a la mismísima Bernarda Alba. Una mujer

enorme de cuya humanidad enamorarse a cada página, a cada párrafo, a cada línea.

El retrato social que la autora completa en esta obra resulta casi ensayístico: los prejuicios, la diferencia de clases, la vergüenza del linaje y ese afán tan hispánico por enmoquetar sobre deslices pasados, aun sabiendo que la moqueta algún día se despegará hasta dejar al descubierto prejuicios, diferencias y vergüenzas.

Lo que Rosario busca dentro, Soledad lo busca fuera, ávida de vidas pasadas con las que llenar la suya y adicta a las emociones que otros fueron capaces de sentir. Esta buscadora de tiempos difíciles bajo piedras filosofales tendrá, al fin y ante sí, su recompensa en la Casona.

Pepa se transforma en la dehesa. Allí, junto a Engracia y Eulogio, es Luis Chamizo y es José María Gabriel y Galán en prosa; describe como nadie todo el atrezo del coto, el olivar y los mastines que corren al avistar los *lanrovers*. Es Delibes cuando nos cuenta que «Engracia aún no ha visto el mar». Pepa es cronista fiel y enamorada de este lugar fascinante donde se atasca el tiempo y los recuerdos se encasquillan. Puedo entonces, sin cerrar los ojos, sentir el aroma a tomillo, tocar la flor blanca de los gamones y frotarme las manos con hinojo para que huelan a anís. En estos pasajes regresé al coto de doña Carmen en el *errecho* de mi padre. ¡Cuánto tiempo!

No sabría cómo catalogar esta obra, imagino que por su complejidad: una parte de ella es, sin duda novela histórica, de historia reciente y no tan reciente. Resulta también, y por supuesto, novela social y, por qué no, novela de ambientación costumbrista. Aunque si me dan una sola opción creo que estamos ante una magnífica novela de amor: el amor silencioso de Rosario: de por vida, incondicional, a toda prueba. Sin cursiladas amorosas y sin alardes poéticos dulzones es este un amor contundente que preside la obra más redonda de una mujer en plena madurez creativa.

No puedo terminar sin mencionar al personaje favorito de lectura feliz.

Querido Gonzalo:

Es inmensa tu cárcel porque está en el alma y estas son las cárceles de verdad, las que matan si no viene alguien a pagar la fianza más cara; aquella que trata de poner fin a un eterno pasado de injusticias.

Un abrazo, querido Gonzalo.

Ahora ya puedo cerrar este regalo de Pepa como hice aquella tarde con *Las cárceles del alma*, del maestro Lajos Zilahy, solo que ahora lo hago mucho más viejo, detrás de un ordenador y desde un ático ruidoso del centro de Madrid.

LUIS FOLGADO DE TORRES
Escritor y editor
Madrid, junio de 2023

CAPÍTULO 0

El llamador de la puerta principal fue golpeado con firmeza en el silencio del atardecer donde solo el cantar de algunos pájaros invadía la serenidad de la tarde otoñal; su sordo ruido irrumpió en la silenciosa casa produciendo un escalofrío en el ya contraído cuerpo de las dos mujeres. Ninguna salió de la cámara. Al cabo de unos segundos, volvieron a oír el, ya, desagradable ruido. Se miraron para volver los ojos hacia la cama. Una vez más el aldabón retumbó en el silencio. Soledad se dirigió hacia la puerta de la calle, abrió el portón y encontró a los autores que con insistencia se disponían a golpear de nuevo en la vetusta puerta. Soledad se colocó en el medio para impedir el paso. No le valió de nada su talante protector, una mano la desplazó hacia el lado para poder franquear aquella supuesta fortaleza. Eran tres, dos de ellos uniformados. «Cuánta autoridad», pensó Soledad a la vez que en su interior sentía un regocijo dulzón producto de la futura derrota de los agentes. Al traspasar la puerta y una vez dentro de la casa, desplegó el folio que traía en uno de los bolsillos el supuesto responsable del grupo.

— ¿Rosario...?

— No. Yo no soy — Soledad se regodeaba en alargar la respuesta.

— Traemos orden de arresto contra Rosario Mellado.

— ¿Y me pueden decir de qué se le acusa?

– ¿Es usted su abogado?

– No. Soy su amiga. Soy escritora y mi nombre es Megoz – esperaba ser reconocida y facilitar la comunicación, pero no fue así.

Volvió a sonar el aldabón, esta vez sin prisas. Megoz se dirigió hacia la puerta seguida por los seis ojos que no dejaban de observarla, al ver al sacerdote le indicó la habitación donde se encontraban las dos mujeres; también él llegaba tarde.

– Esperen unos minutos que acabe el señor cura y a continuación pueden pasar.

Soledad abandonó al grupo para seguir al sacerdote. Auro estaba llorando. Por poco creyente que se fuera, el ver dar la extremaunción impresionó especialmente. Antes de salir de la habitación acordaron la hora del funeral. Rosario era una mujer muy conocida en su pueblo y decidieron que el duelo, es decir, las dos mujeres que velaban su cuerpo, recibirían y despedirían a los vecinos en la iglesia.

Al salir Auro de la habitación, se encontró con los agentes. Detrás de ella venía Megoz, que antes de que el cura abandonara la casa, le comunicó el motivo de aquella visita.

– Preguntan por Rosario Mellado.

– ¿Para qué y por qué? – preguntó Auro, aun sabiendo el asunto que les había llevado hasta allí.

– Tenemos orden de llevárnosla para interrogarla.

– Han llegado tarde.

– ¿Cómo que hemos llegado tarde?

– Ha huido.

– ¿Dónde está?

– Ha ido muy lejos, tanto que de momento no podrán atraparla.

– ¡Registren la casa! – gritó el más alto, al que solo le faltaba el bigote para que el retrato fuera perfecto.

—No hace falta que registren la casa. Está en esa habitación.

— ¡Pero qué broma es esta! Le va a costar caro todo esto.

— Es curioso, padre, usted viene a salvar su alma y ellos a castigar, una vez más, su cuerpo.

— Tened cuidado. Este asunto es feo y como bien dicen, os puede costar caro.

— Padre — gritó uno de los agentes —, ¿jura usted que la difunta es Rosario Mellado?

— Hijo, yo no tengo que jurar. Esa feligresa que yace en su cama, es Rosario Mellado. Que sea la que ustedes buscan o no, es cosa suya.

— ¡Esto parece un complot! — gritó fuera de sí el que llevaba la voz del grupo.

— ¿La muerte le parece un complot? ¿Contra ustedes? Yo creo que la faena se la han hecho a ella — apuntó Soledad perdiendo un poco el aparente sosiego que había mostrado desde un principio.

Tras anotar e intentar intimidar a los presentes, fueron saliendo en el mismo orden en el que habían atravesado el umbral los tres agentes o visitantes.

— ¿Sabéis de qué va todo este atropello? — preguntó el sacerdote más perdido de lo que dio muestra ante los visitantes.

— Es una larguísima historia de la que somos conocedoras por azar, casualidad o por mano del destino.

Volvieron a cerrar la puerta y echaron el cerrojo que chirrió en toda la casa. Se dirigieron hacia la habitación donde estaba Rosario y contemplaron cómo el rostro se volvía cada vez más blanquecino pero con una serenidad que les hizo pensar que por fin había encontrado la paz que todo ser humano anhela en su vida. Auro comenzó a manipular en el cuerpo de Rosario, parecía que le estaba introduciendo algodón, formando una torunda, en la nariz

y en los oídos. Todo lo hacía con mucha naturalidad, sin embargo, Soledad no podía mover los pies del rincón que hacía la pared con la puerta, intentaba una y otra vez dar un paso para aproximarse, pero sus pies no se movían. El anclaje le estaba produciendo tal ansiedad que incluso no podía pedir ayuda a su amiga, su cuerpo comenzó a sudar y el corazón a palpar con ritmo acelerado, en un nuevo intento por levantar los pies del suelo y salir al encuentro de Auro, sus ojos se abrieron. No sabía dónde se encontraba ni qué hora era. Poco a poco fue recobrándose y se sentó en la ya conocida cama de la no menos reconocible habitación de su piso madrileño; respiró profundamente, se pasó las manos por la cara y el cuello hasta ponerla sobre el potrillo desbocado que llevaba dentro de su pecho. Suspiró y respiró profundamente

«¡Gracias a Dios, ha sido un mal sueño!».

CAPÍTULO I

Se cerraron las cortinas de la vieja ventana de la no menos vetusta casona. Tarde tras tarde y como si de un ritual mágico se tratase, las cortinas de la habitación alta se abrían para que, una mujer sentada sobre una mecedora que, en su balanceo se ocultaba rítmicamente para segundos después dibujar su silueta entre las cortinas, pudiera disfrutar de las puestas de sol que atardecer tras atardecer le regalaba la naturaleza. Y como cada ocaso, una vez que el espectáculo de colores rojos, añiles y malvas finalizaba, las cortinas se cerraban dando pie a todo tipo de cavilaciones por parte de los curiosos.

Podía decirse que la casa era similar a otras muchas que, a lo largo de los años habían ido mejorando por fuera y por dentro, esa circunstancia no se daba en la «casona», que se mantenía anclada en el día que abrió sus puertas tras su restauración allá por los años treinta del siglo pasado. Eran pocas las visitas que recibía doña Petra, el cura, alguna fuerza viva de antaño y ciertas cotorras llenas de alhajas que solo salían para poderlas lucir cuando iban cada primer viernes de mes a rezar el rosario y tomarse un buen chocolate con pastas y dulces.

La casona tenía dos plantas, sin contar el sótano que fue vivienda del servicio en su tiempo de gloria. Hoy solo se utilizaban las dos principales y especialmente la primera planta porque a la segunda solo subía doña Petra, y

Rosario para quitar el polvo y recolocar lo que la señora descolocaba. El acceso al piso de arriba estaba a mano derecha en el segundo cuerpo nada más se entraba desde la calle, los peldaños de la escalera no eran de mármol pero estaban tan blancos y brillantes como una patena, de eso se encargaba Rosario, que daba las órdenes sin levantar la voz pero con una autoridad que no daba lugar a replicas. La barandilla era de hierro fundido y el pasamano de un latón dorado en el que se podía ver la cara distorsionada por la curvatura, como en aquellos espejos que venían a la feria, pero más brillante que ellos. De la pared que acompañaba el recorrido de subida, colgaban cuadros antiguos con señoras luciendo sombreros y trajes hasta los pies y algún espejo entre ellos, rompiendo con su reflejo, la monocromía. Bajo la escalera, un cántaro de reluciente latón competía en luminosidad con el rayo de sol que se filtraba cada mediodía por la claraboya.

En la mayoría de las casas que tenían una segunda planta, habitable o no, un cristal sustituía a una de las tejas haciendo pasar la luz a través de él, pero aquí era mayor el espacio que había en el techo, permitiendo ver el sol y la luz de la luna en las noches claras; era una bombilla que cambiaba del amarillo diurno, al rojizo del atardecer para llegar al blanco plateado de la noche. Cuando la luz entraba inclinada, iluminaba la puerta de entrada a la habitación primera del segundo piso, convirtiendo escalera y rellano en un gran cuadro en el que el pie de la escala era la tierra y el final, el inicio de la gloria. Las cotorras al pasar por delante de ella hacían intentos de subir para ver de cerca aquellas estampas, pero siempre las frenaba la voz de la señora al darles paso al salón en el que les esperaba la suculenta merienda antes de comenzar con los rezos.

Rosario había comprobado que aquellas mujeres cambiaban de ropa cuando iban a la casona. En la calle las ha-

bía visto en sintonía con los tiempos y la moda, sin embargo, cuando iban a merendar, sus trajes eran rancios y más largos de lo habitual, se ve que era para estar en sintonía con doña Petra y el entorno.

Con el buen tiempo la mesa del refrigerio se ponía en el jardín y se cambiaba el orden, primero rezaban y después departían ante las viandas, dando lugar a una larga conversación en la que ponían al corriente a la anfitriona de todo lo que había sucedido a lo largo del mes y donde el contraste de olores era más que evidente; frente a la naftalina perfumada se abrían paso los jazmines y damas de noche inundando el patio de vida ante aquella muerte simulada. Rosario, unos días estaba presente y otros no, pero siempre en segundo plano a la espera de ser requerida.

Junto a una pequeña mesa velador, cerraba los ojos y con el siseo que producía el repetir de las oraciones, su mente vagaba por cada rincón de aquella casa recordando el primer día, siendo aún niña, que entró con sus zapatos nuevos por el betún que su abuelo le había puesto, y la rebeca hecha con la lana de un jersey de su querido abuelito, dos trenzas sin lazos pero sin un pelo fuera de su sitio fue todo el equipaje que llevó a su nuevo hogar. Nada más entrar se limpiaron, madre e hija, la suela de los zapatos en la esterilla que había tras la puerta, aun así, antes de dar el primer paso fuera de ella, levantaron el pie para comprobar que estaban limpias. Después todo fue muy rápido, «un beso», «pórtate bien, que no nos den las quejas» y «hasta que te den un rato para ir a vernos». No lloró porque la casa era muy bonita y ella era ya mayor para eso; allí comería y si había suerte podía llevar algo a su abuelo que no tenía dientes pero le gustaba el queso de oveja. «Seguro que allí lo comerás, porque tienen rebaños y animales en el cortijo», y aquellas palabras le dieron fuerzas para no mirar atrás.

Cuando vio a la señora, ya habían pasado un par de semanas. Su trabajo estaba en el sótano y cuando subía nunca se cruzó con ella; al verla por primera vez quedó deslumbraba por el peinado, la ropa, la blancura de la cara y por el anillo que llevaba puesto; tampoco ella pasó desapercibida a los ojos de su señora. Y así fueron pasando los meses, hasta que un día abandonó el sótano para ser la doncella de la «doña». Se había convertido en una joven sencilla, pero precisamente su sencillez era lo que le daba belleza. En su casa le decían: «te has convertido en “calderito” de mano de la señora». Su madre le repetía una y otra vez: «eso es bueno... que te tenga confianza, es una forma de que nunca abandonarás la casa grande». Y así fueron pasando los años hasta que llegó él, con su uniforme, sus botas altas, su revólver en el cinturón y aquellas medallas en el pecho cambiando sus vidas, convirtiéndolas en el centro de un remolino de verano, que duró años, donde el polvo que levantaba, hacía que no vieras nada a tu alrededor. Todo era una locura, en la que ellas estaban a salvo, ¡pero cuánto daño hizo y les hizo a la larga!

La letanía llegaba a su fin y Rosario volvió al presente. No entendía aquel ritual mensual, ni en honor de quien o a qué lo hacía su señora. Era una postura más de las muchas que le había visto interpretar en su vida. Seguía al pie de la letra aquello de «hacer lo que yo diga, pero no hagáis lo que yo haga». Cuando marchaban las rezadoras, Rosario recogía parte del servicio antes de que la sirvienta apareciera. Nunca quiso olvidar el lugar que ocupó al entrar en aquella casa, ni tampoco quería que aquella señora que había salido tantas veces bajo palio, tuviera en algún momento que recordarle su sitio. Aunque eso, a estas alturas, no se daría nunca. Habían llegado a tener los mismos secretos y la misma fuerza. «Tigre no se come a león», le había oído decir al general, en alguna ocasión. Y allí se-

guían las dos, observándose, vigilantes al acecho de una flaqueza que hiciera tambalear su secreto.

Una vez al mes Rosario, desde el principio de aquella decisión, cogía su bolsa de viaje y unas veces en el tren, otras aprovechando el viaje de algún conocido o del propio señor, viajaba hasta Sevilla para visitar a su niño. Todos los encuentros eran iguales, alegrías en el recibimiento y lágrimas en la despedida. Pero este viaje le tenía reservada una sorpresa a Rosario: conocer al nuevo amigo de su niño. El taxi la dejó en la puerta del psiquiátrico, atravesó el jardín y se identificó a la entrada. El mismo ritual mes tras mes y año tras año. Se dirigió hacia la habitación, pero antes de llegar le salió al paso, feliz por darle a conocer a su nuevo amigo.

—Tata, te presento a mi amigo Gonzalo. Por aquí dicen que es mi doble, aunque yo no le veo tanto parecido a mí —dijo a la vez que se abrazaba a Rosario.

—Ni yo a él —dijo aproximándose Gonzalo—. Es un placer conocerla. Su Gonzalo me ha hablado mucho de usted.

Rosario alargó la mano para estrechar aquella que se aproximaba y con la vista buscó la silla. La cabeza le daba vuelta, por un momento parecía que se iba a desmayar, aquellos dos hombres eran tan idénticos que podrían ser hermanos. Buscó un caramelo en su bolso y se limpió los ojos con el pañuelo recién planchado. Tras unos minutos en los que ellos seguían hablando de las palomas que rompían los tejados del patio interior, Rosario se atrevió a preguntar.

—Y usted, Gonzalo, ¿es de aquí?

—Nací aquí, aunque de pequeño viví en distintas capitales, incluso en el extranjero. Y después de mayor, también he viajado lo mío.

—Yo no, yo en el pueblo, en Sevilla, Madrid y vuelta aquí... —se justificó Gonzalo al ver que su amigo había viajado tanto—. Vamos para mi dormitorio.

- ¿Y su padre de usted...?
- Mi padre murió cuando yo tenía 14 años.
- ¿Y ahora cuántos tiene? ¿Es de la misma edad que mi Gonzalo?
- Tata, es mayor... yo tengo cincuenta y él tiene cincuenta y siete.
- ¿Y por qué viajaban tanto... a que se dedicaba su padre...?
- Era general. Y demasiado importante. Pero no me apetece hablar de él.
- El mío tenía tierras y animales. ¿Te sientes mal, tata?
- Creo que no me he recuperado de las curvas de la carretera. Y cómo se han conocido ustedes dos...
- En el comedor, me dijeron que había un interno que se parecía mucho a mí y lo busqué, y aquí estamos. Somos muy amigos. Yo también estoy enfermo de los nervios. Pero nosotros nos llevamos bien, porque nos respetamos.
- Mi Gonzalo estudia mucho y, usted, ¿qué hace para pasar las horas?
- Yo no paso las horas, las cuento, ¿verdad, Gonzalo, que las cuento? Cuando estoy dentro quiero salir, y cuando estoy fuera quiero entrar... No le he contestado... Yo hago barcos dentro de una botella y después los regalo. Es mi forma de salir de este recinto. Antes era militar como mi padre, bueno, como mi padre no, él era especial, pero empecé a ponerme mal y mi mujer, aconsejada por el médico, me trajo aquí, y aquí estoy, aunque a veces voy a mi casa, pero allí duro poco.
- ¡Ah! Está casado.
- Sí, y tengo dos hijos y un nieto. Pero prefiero estar aquí con mi amigo que en mi casa percibiendo como me vigilan, como si fuera a hacer algo mal o les fuera hacer algo a los niños. Están tontos. Los nervios son los nervios y nada más. ¿Verdad, señora?